

Avalancha

Sebastián Oyarzún Arancibia



Image not found.

Capítulo 1

Avalancha

El despertador sonó con fuerza. Miles de ojos humanos se asomaron por la ventana. La luz del sol hace tiempo que no me visita. Cada día, cada segundo nace un ser humano en la Tierra. Ya no da abasto. El padre del padre y el último hijo. Todos miran hacia mi habitación. Voltee, mis pies chocaron con la pared de concreto. Mis costillas, mi torso, mis pectorales flácidos se ajustaron al poco espacio que existe entre mi cama y la muralla. No era suficiente, ya que más a la derecha existía un hueco, un espacio abierto donde poner una puerta. Con fuerza empujé la espalda del vecino, quien intentaba soportar la presión de los demás hombres y mujeres que convivían en los pasillos.

-Información: nació Septiano- dice el alto parlante. La muralla tembló, se desquebrajó y yo ahí profundamente asustado. Nace un niño más y mi habitación desaparece. Todos serios se miran entre sí, los ojos giraban tranquilamente, como si fuese todo normal. Mi respiración se agitaba, el mareo venía. Me senté en la orilla de la cama. Mis pies estaban doblados, la distancia entre el borde de la cama y la muralla que cerraba mi perímetro era muy pequeño. Siquiera podía darme el lujo de sentir un calambre. Unas tablas sonaron. Era la puerta que venía. La puerta que compré demoró días, pero al fin la traen. De mano en mano fue llevada hasta mi habitación. -Al fin podré disfrutar de una vida digna- me dije. Las manos y pies de mis vecinos rebosaban en el pasillo, todo parecía reventar. Mano tras mano la puerta navegaba perdida entre un mar de brazos, piernas, dedos, espaldas, granos, pelo, vellos humanos que no se contradecían entre sí, sino más bien se coordinaban como si fuesen uno. Asomé mi nariz que con suerte llegaba al espacio vacío donde se pondría la puerta. -Soy el único que intenta vivir una vida normal...- seguí murmurando. El vecino de espaldas se dio la vuelta y me ayudó a poner la puerta. Era hermosa, del último árbol, del corte final, de esencia penúltima. Cerré con furia, ni siquiera agradecí. Respiré al fin mi propio aire. Me senté en la cama. Solo me faltaban las cortinas para no ver aquellos ojos que se plasmaban en la ventana. Me senté a sentir aquel sonoro respiro de millones de seres inertes. -Ya no llueve- me dije.

No sé lo que esperaba, hubiese respondido, mas me sentí infeliz. No puedo seguir tan solo. Encendí el reproductor, sonó una canción, me sentí vacío. Me di la vuelta, siquiera necesitaba recrear mi mano derecha y observar las imágenes para sobre estimularme. Lo hice. Mi cuerpo desfalleció sobre la cama, me arrepentí de haber hecho eso. Mi soledad no justifica las pocas ganas de conseguir mujer. Soy un buen partido, tengo murallas y una puerta que me separa del resto, que me deja pensar. Sin embargo, para qué quiero tener un hijo. Esto no es vida, no puedo llenar de niños un mundo sobre poblado. Me siento confundido, me serví un

poco de té y comí pan tostado con mermelada. Los ojos miraban, sin hambre, sin ganas de pedir, seguían mis movimientos al pie de la letra.

-¿Qué les pasa? ¿Acaso no quieren? ¿Quieren saber qué sabor tiene? ¡A mierda...!- una vergüenza poderosa me invadió. Casi impropia, pero era mía, solo mía. No existe recepción ante mi sentimiento, los ojos seguían inanimados, estáticos.

-Información: Nació Octavio- mi respiración se agitó. La presión sobre la puerta estaba llegando a su punto cúlmine. Los tornillos se desprendieron. La ventana se fragmentó y las espaldas, las manos, los pelos de hombres y mujeres presionaron la cama. El impulso me empujó hacia la muralla que también se destruyó. La puerta cayó. Se desarmó mi mundo, la invasión era mi fin. La respiración de todos los seres que entraban por cada uno de los flancos y yo luchando. Mis brazos y mis piernas parecían mezclarse con las de los demás.

-Así que al fin caíste.- me dijo un vecino.

-No se burle, es algo trágico lo que me pasó. No estoy acostumbrado a estar tan cerca de la gente.- Le comenté.

-Baltazar- lo miré extrañado y volvió a hablar- mi nombre: Baltazar.

-Gracias- solo me digné a responder.

-¿Tú nombre?- me preguntó

-Garco- sonrió Baltazar

-Supongo que hay tanto nombre usado que da igual que suene cacofónico- trató de tocarme el hombro, pero no podía moverse muy bien. Los ojos de los intrusos se asomaron nuevamente y sonreían amablemente ante mi presencia. Un brazo pasó cerca de mi nariz. Trataba de mover el dedo meñique, mas no sabía cuál de todos era.

-Baltazar ¿No crees que es necesario, no sé, eliminar gente?- Observé a mi lado, pero nadie se inmutó, nadie me miró con rabia.

-Nadie te acompañaría, todos estamos conformes en el estado en el que estamos. Vivimos más de la cuenta, nadie se pelea con nadie, todo nuestro cuerpo está desechando toxinas mediante un proceso que crearon los científicos. Nos alimentamos de estas pastillas que transforman esas toxinas. Todos estamos en lo correcto. ¿Para qué quieres cambiar la situación? No seas aguafiestas. Al fin no hay hambre en el mundo, no hay pobreza, todos somos uno y tú quieres eliminar gente. Despierta hombre- la rabia no alcanzó su tope y su rostro escasamente endurecido volvió a su origen sonriente. Un pie se instaló en su mejilla.

-En algún momento esto tendrá que quebrarse. Alguna enfermedad por la cantidad de muertos o el mismo sol quemará a la gente que está más arriba.

-Ellos tienen protección y los muertos flotan a través del espacio. Pensamos en todo, mientras tú gastabas tu dinero en comprar divisiones. Todos tus gastos no sirvieron de nada, todos esos días escribiendo ensayos para que no se aburrieran los topes de abajo, ahora los ves- miré sin entender.

-Aquí con nosotros, todos nosotros somos tu pago, Garco.-Me dio un poco de risa su mediocridad y reí de buena gana. Un culo se posó en mi frente.

-De todas formas quiero ver al presidente- le dije mientras sacaba al hombre sentado sobre mí.

Mientras nos movíamos entres los seres, entre las piernas no depiladas de mujeres y hombres, niños y niñas, pensé en voz baja:- Me duelen los pómulos.

-¡Presidente!- Gritó Baltazar cuando llegamos a lo más bajo del edificio. Observamos una pequeña habitación que estaba rodeada por matones que aguantaban el peso de todos los humanos. Nos abrieron un pequeño espacio y pudimos tocar tierra. Con suerte se abrió la puerta hacia afuera.

-¿Qué ocurre?-preguntó el presidente, que se encontraba con dos mujeres.

-Tenemos un problema con este humano- Baltazar me apuntó.

-¿Qué es lo que quieres, hijo?- lo miré indignado, celoso de lo que podía tener.

-Me da asco este maldito mundo ¿cómo no se puede dar cuenta que ha adormecido a la humanidad con sus propuestas?- su sonrisa no se apagó.

-Deberías agradecerme. Mi gobierno hizo desaparecer el SIDA, le dio la posibilidad de que los ancianos vivieran el tiempo necesario, no hay guerras, no hay escasez de comida, agua, ni siquiera la necesitan. Nadie siente ganas de matar a otro, todos son felices, tenemos sexo las 24 horas del día sin morir. Además todos los medicamentos provienen de plantas y químicos sustancialmente inofensivos al cuerpo humano.- Se tocaba el pecho con orgullo.

-¿Y los de arriba? ¿Acaso no tienen derecho de vivir?- El presidente solamente movió la cabeza.

-Son gente que ya vivió suficiente, la vida eterna es una quimera- Dijo Baltazar.

-Información: Nació Noviano- Los gorilas que sostenían a la muchedumbre se derrumbaron. La pequeña habitación fue destruyéndose.

-¿No lo ve? ¿Por qué no conquistamos el universo en vez de quedarnos aquí?- Le grité al presidente mientras lo tomaba de los hombros para alejarlo de mí.

-Porque preferimos pensar en el bienestar de la gente y no quisimos averiguar cómo llegar a Marte, que es el planeta que nos podría servir- Noté que al decir eso hizo el gesto de entre comillas. La desesperación se transformó en un frío intenso, la respiración latente y de todos los seres al pie de la letra. Comencé a subir con desesperación. Di saltos sin cansarme. La droga en el aire me hizo sentir en el cielo, me alimentaba con cada bocanada. Los saltos eran cada vez más altos, observaba el sol y a algunos cuerpos calcinados que esperaban con ansias desaparecer en el espacio exterior. Cuerpos de todo tipo se atravesaban en el camino hacia aquella libertad mientras empujaba los brazos de una señora. Un rayo de luz que se multiplicó en colores y yo sin poder respirar. El sol distribuyó mi cuerpo, me tomé el cuello, sofocado por un éxtasis perverso. La libertad me ahogaba. Sonreí como nunca y luego pensé:-Me duelen los

pómulos.